

LAS BIBLIOTECAS NACIONALES
EN TIEMPOS DE CAMBIO*

Por MAURICE B. LINE **

Traducción de
ELDA MÓNICA GUERRERO

Las bibliotecas nacionales han sido tema de discusión durante los últimos 20 o 30 años. No sólo se han publicado numerosos artículos sobre su naturaleza y funciones,^{1, 2} sino también se han llevado a cabo numerosas conferencias sobre bibliotecas nacionales, algunas de éstas con la asistencia de representantes de todo el mundo y otras con una asistencia restringida a los representantes de alguna región particular del mundo. Las bibliotecas nacionales no sólo incumben a los bibliotecarios; como símbolos nacionales que son conciernen también a los políticos. Del debate sobre las bibliotecas nacionales ha surgido un consenso parcial en cuanto al papel y funciones que éstas desempeñan, y la opinión generalizada de que ningún país está completo sin ellas.

¿Qué progreso real se ha logrado en las bibliotecas nacionales durante este periodo de intensa discusión? En África, continente donde había muy pocas de estas bibliotecas al final de la Segunda Guerra Mundial, encontramos que desde entonces sólo se han creado una o dos. Algunos de aquellos países cuentan con archivos nacionales pero muy pocos cuentan con una biblioteca nacional. Probablemente los planes más ambiciosos han tenido lugar en Nigeria, el país más poblado de África, donde no sólo se planeó una biblioteca nacional con amplios poderes sino que ésta abrió sus puertas en 1964. No obstante, su progreso ha sido lento en los últimos veinte años, y no ha sido capaz de cumplir en forma totalmente satisfactoria con algunos de los papeles que le fueron asignados.³

En la actualidad, la opinión en otros países africanos es totalmente diferente de lo que pudo haber sido hace 20 años, cuando existía el optimismo de creer que era posible crear una biblioteca nacional. Con un

* *IFLA Journal*, vol. 14 (1988), núm. 1.

** Maurice B. Line es Director General de Ciencia, Tecnología e Industria, de la Biblioteca Británica, Boston Spa, Wetherby, West Yorkshire LS23 7BQ, Gran Bretaña.

¹ Line, Maurice B. and Joyce Line (eds). *National libraries I*. London: Aslib, 1979 (Aslib Reader Series, 1).

² Line, Maurice B. and Joyce Line (eds). *National libraries II, 1977-86*. London: Aslib, 1987 (Aslib Reader Series, 6).

³ Aguolo, C. C. "The Evolution of the National Library of Nigeria". *Journal of Library History* 15 (4): 393-426 (Fall 1980).

reconocimiento implícito de que los fondos necesarios para establecer una biblioteca nacional adecuada no son probables de conseguir en un futuro cercano, los bibliotecarios han discutido el asunto ya no en términos de lo que debiera hacer una biblioteca nacional sino más bien sobre cómo pueden realizarse las funciones de una biblioteca nacional sin contar con una. Un autor sugiere no menos de ocho sistemas distintos.⁴

Las razones de esta carencia de progreso —si suponemos que el progreso consiste en la creación de una biblioteca nacional—son muy obvias. Muchos países en África se enfrentan a crisis muy serias de orden económico, político, agrícola y climático. En estas circunstancias no es sorprendente que el gobierno otorgue prioridades a las cuestiones agrícolas, de producción y de estabilidad política. Puede parecer insolente el que no se dé la importancia que tiene la información en la futura economía, pero en esos países existen problemas inmediatos que demandan atención y por supuesto las bibliotecas no son uno de ellos.

En el extremo opuesto de África, en los países capitalistas desarrollados, las bibliotecas nacionales tampoco han tenido grandes logros. Mientras en estos países las bibliotecas han sido aceptadas desde hace ya tiempo, muchas de ellas ya no son consideradas tan valiosas como para otorgarles un subsidio público importante y permanente. Los fondos gubernamentales para las bibliotecas nacionales han tendido a declinar en términos reales, en parte a causa de un cambio radical en la mentalidad de muchos funcionarios de los gobiernos occidentales. Ellos aceptan la importancia de la información como recurso, pero al mismo tiempo la ven como a la industria del vestido o del acero, en el sentido de que al ser un recurso económico más, éste debe ganar su propio sustento, de la misma forma en que los otros recursos lo hacen. En países como los Estados Unidos los intereses comerciales en la información son ahora muy poderosos, y están efectivamente amenazando algunas de las funciones tradicionales de las bibliotecas. Se ha dado también una gran fuerza a los servicios de información, las bases de datos y el "valor agregado", más que a los recursos básicos en que con frecuencia se apoyan estas actividades, es decir las publicaciones. Por consiguiente no es de sorprender que las bibliotecas nacionales, que en la mayor parte de los países funcionan principalmente como recursos y no como servicios, se encuentren en una posición muy vulnerable. En algunos países éstas han tenido que justificarse, por primera vez, en términos de costo-beneficio. Mientras más grande y prominente sea la biblioteca nacional, mayores serán las presiones que se ejerzan sobre ella.

Ciertamente muy pocos países han sido capaces de consolidar una biblioteca nacional "ideal", y más bien han adoptado una o varias posiciones. Una de éstas es salirse por completo del concepto y más bien adoptar

⁴ Mchombu, K. J. "Alternatives to the National Library in Less Developed Countries". *Libri* 35 (3): 227-249 (September 1983).

una forma atenuada de biblioteca nacional, considerando una amplia gama de funciones pero sin cumplir ninguna de ellas en forma adecuada. Otra opción es reducir la gama de funciones y tratar de hacer una o dos realmente bien. Una tercera opción es mantener o inclusive extender dicha gama, agregando a los subsidios gubernamentales ingresos propios o ingresos obtenidos mediante convenios con el sector privado.

Aun contando con un buen presupuesto las bibliotecas nacionales se enfrentan a muy severos retos. No sólo por la cuestión del costo del material impreso que sube más rápido que el nivel general de la inflación, sino también porque el número de publicaciones que aparecen al año sigue creciendo, por lo que para mantener las adquisiciones al nivel actual las bibliotecas nacionales necesitan contar cada año con un aumento en términos reales de su presupuesto. Además, la gama de material publicado está incrementándose. Mientras que hace 20 o 30 años la mayoría de las publicaciones tenían la forma impresa, la proporción de "literatura gris" ha crecido gradualmente y se ha dado un espectacular crecimiento en la producción de diversas formas de material distinto a los libros como son las cintas sonoras, las cintas de video, etcétera. El "etcétera" incluye al apoyo lógico (*software*) y a las publicaciones disponibles sólo en forma electrónica, que nunca han sido publicadas en páginas impresas. El depósito legal cubre en muy diversos grados a los materiales no impresos en los diferentes países, aunque en algunos ni siquiera los considera. En ciertos países la colección de estos materiales es responsabilidad de otra institución ajena a la biblioteca nacional, por ejemplo los archivos nacionales de materiales audiovisuales, y existen países en los que nadie se responsabiliza por ellos.⁶ Muy aparte de los problemas que presenta la compilación de estos materiales, especialmente cuando no están sujetos al depósito legal, se tiene el problema de hacerlos accesibles, puesto que una de las características comunes a todos ellos es que requieren cierto tipo de maquinaria para ser utilizados. Esto no importaría tanto si existiera un pequeño número de formatos permanentes y estándar, de manera que sólo se necesitaran unos cuantos tipos diferentes de máquinas o aparatos, pero esto está muy lejos de ser el caso. No sólo existe una gran variedad de formatos, sino que éstos continúan cambiando, por lo que puede haber un número de materiales publicados en una forma particular que pasa de moda en dos años cuando los aparatos se hacen obsoletos. A menos que puedan convertirse a otro formato, un proceso que con frecuencia es costoso y no siempre fácil, la biblioteca o archivo tiene que mantener una colección siempre creciente de aparatos que posiblemente sean obsoletos pero que de todos modos deben mantenerse en funcionamiento.

Las bibliotecas nacionales no pueden ignorar el problema que plantea

⁶ Pinion, Catherine F. *Legal Deposit of Non-book Materials*. London: British Library, 1986 (Library and Information Research Report 49).

la cuestión de saber cuál material debe preservarse como patrimonio nacional. Aun cuando las bibliotecas no tengan, o no deseen tener, esta responsabilidad, ciertamente la tienen en algún grado, ya que deben asegurar que los materiales se conserven, porque éstos forman parte del patrimonio y la cultura de la nación, para no mencionarlos como recursos de información en tanto que materiales impresos. En Gran Bretaña la Biblioteca Británica ha tomado la delantera reuniendo a un pequeño número de funcionarios en las principales instituciones interesadas en reunir estos materiales para intentar garantizar, entre todos, una cobertura íntegra; la Biblioteca Británica misma sólo es responsable de los materiales impresos y las cintas sonoras, aun cuando estas últimas (de igual manera que otros materiales no impresos) no están sujetas al depósito legal.⁶

Si coleccionar de manera total las publicaciones de una nación es una función tradicional aceptada por la biblioteca nacional, conservarlas es otra muy distinta. En general, apenas en la última década los bibliotecarios se dieron cuenta cabal del grado y proporción de deterioro de sus colecciones.⁷ Los recursos requeridos para preservar una colección total en condiciones satisfactorias son tan vastos que es muy probable que sólo la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos pueda disponer de ellos. Ya sea que los materiales se preserven en su forma original o convertidos a otra, por ejemplo, a forma digital o de microformato, no existen soluciones fáciles o rápidas. Por supuesto la ventaja de la conversión es que una vez hechas las copias, éstas pueden hacerse accesibles a otras bibliotecas nacionales (y también a otros tipos de bibliotecas), por lo que el costo y el trabajo pueden compartirse entre las diferentes instituciones y países. Cualquier solución que se adopte será siempre una solución selectiva y por ello ciertos materiales no podrán conservarse ni copiarse, y posiblemente ni siquiera almacenarse.

Por supuesto la conservación deberá incluir además de materiales impresos, materiales distintos a los libros y también publicaciones electrónicas. Esto da lugar a problemas especiales. Algunos de éstos ya se han mencionado antes con referencia a los materiales distintos a los libros. Las publicaciones en forma electrónica están sujetas a una actualización constante, lo que en realidad es una de sus ventajas. Si de estos materiales debe depositarse una copia en la biblioteca nacional, ¿qué versión o qué versiones deberán depositarse?⁸

⁶ "The British Library and Non-book Materials". *Audiovisual Librarian* 12(1): 32-34 (February 1986).

⁷ Wilson, Alexander. "Moving to Planned Deterioration: Library Preservation Strategy at the National and Local Level". In Line, Maurice B. (ed). *The World of Books and Information: Essays in Honour of Lord Dainton*. London: British Library, 1987, p. 197-207.

⁸ *Archival Aspects of Electronic Publications and Their Availability. Report on a... Seminar... November 1983*. London: British National Bibliography Research Fund, [1984].

Para cumplir con las funciones tradicionales de recopilar de manera integral las publicaciones de la nación y conservarlas, las bibliotecas nacionales requieren mayores recursos que otras, aunque sólo unas cuantas los pueden obtener. Estos problemas tampoco se limitan a los países con una gran producción de materiales impresos. En África, la cultura histórica y aun la cultura de hoy en día es más bien una cultura oral que escrita, y existe la responsabilidad de asegurar que esta cultura se registre para la posteridad, tanto más cuanto que ahora muchos de estos países están experimentando un rápido cambio social.

Por otra parte, aunque el volumen de lo publicado es pequeño comparado con la mayor parte de los países capitalistas desarrollados, de alguna manera el problema de garantizar en estos países la observancia del depósito legal o de recopilar el material es mucho mayor y ciertamente la conservación es mucho más difícil en los climas tropical y subtropical.

Una tercera función tradicional es el registro de la producción nacional de los materiales publicados. En algunos países esta actividad que era fácil de operar hace algunos años se ha convertido en una carga como resultado del incremento en la producción, y posiblemente también de la extensión de la cobertura del registro bibliográfico nacional a otras formas de publicación diferentes a los materiales impresos. Se esperaba que la expansión de esta actividad podría sostenerse de la venta de los registros a otras bibliotecas, pero esto no ha probado siempre ser el caso, y tampoco puede tomarse a la ligera la conversión de los registros existentes para formar una base de datos explotable. Todas estas actividades requieren de una gran cantidad de recursos.

El cumplimiento de las responsabilidades tradicionales plantea serios problemas a las bibliotecas nacionales, sin embargo crea al mismo tiempo nuevas oportunidades. Las bibliotecas nacionales han sido tradicionalmente fuentes de material impreso, disponible para consulta más que para su explotación en un sentido más positivo. Es decir, pocas bibliotecas nacionales juegan un importante papel en cuanto al suministro de documentos, ya sea por fotocopia o préstamo, o en cuanto a los servicios de información de que dispone, ya sea con bases de datos bibliográficos o atendiendo a comunidades particulares con información derivada y procesada de sus colecciones. Algunas bibliotecas nacionales que en cierta forma se han inclinado a proporcionar tales servicios, se han rehusado a cobrar por los mismos, argumentando que esto podría crear un precedente peligroso y también a causa del sentimiento que se tiene de que cualquier otro tipo de biblioteca puede hacerlo, pero que las bibliotecas nacionales deberían ser las últimas en cobrar por sus servicios. Otras, como la Biblioteca Británica han decidido cobrar por los servicios, sobre la base igualmente válida de que sería imposible dar el servicio a todos a menos de recuperar toda o la mayor parte de los costos. En muchos casos, las bibliotecas nacionales, aun cuando cobren por los servicios, no pueden guardar el ingreso obtenido, por lo que tiene poco sentido co-

brar; ofrecen servicios rudimentarios gratuitos —rudimentarios porque no pueden proporcionarse mejor sin más personal— o bien optan por no dar servicio alguno. Esto también puede hacerlas vulnerables puesto que los gobiernos pueden resistirse a otorgar altos subsidios que no se explotan en su totalidad.

Cabe señalar que no todos los gobiernos parecen actuar de manera consistente en cuanto a las bibliotecas nacionales, puesto que esperan de ellas más eficiencia sin otorgarles más incentivos como podría ser el que puedan retener los ingresos obtenidos, y cuando lo hacen así entonces les reducen los subsidios asignados. Este incentivo de reducirles los fondos, aunque negativo, puede lograr buenos resultados hasta cierto punto, pero también son necesarios los estímulos positivos. En ciertas circunstancias, una biblioteca nacional de bajo rendimiento puede justificadamente culpar de ello al gobierno.

El dilema de quedarse en su concha o salir de ella, y en este último caso, cómo hacerlo de manera práctica, es algo a lo que tendrán que enfrentarse en un futuro próximo muchas bibliotecas nacionales. Por una parte está el panorama de una colección pasiva con fondos inadecuados, inclusive para realizar las funciones tradicionales (una concha cerrada); por la otra está la posibilidad de contar con una gama de servicios dinámicos que se apoyen en la colección, con fondos económicos obtenidos de los servicios mismos, no sólo para costearlos sino también para ayudar a mantener las colecciones. Este audaz planteamiento de las alternativas las simplifica en particular porque no aborda las dificultades prácticas del desarrollo de los servicios de información que están muy aparte del problema de la retención del ingreso. Por ejemplo ¿es acaso correcto y adecuado que una biblioteca nacional con fondos públicos "se comercialice" de esa manera? ¿No estarán compitiendo estos servicios con el sector privado? Y si está permitido que compitan ¿no deberían competir en términos justos e igualitarios? y si es así, ¿no perderían la contienda? ¿Dónde podría la biblioteca nacional, con todas sus tradiciones, encontrar al personal adecuado para ofrecer servicios de información positivos y competitivos? ¿Cómo un organismo que cuenta con fondos públicos, incapaz de obtener créditos o recursos extra puede fomentar los servicios y llevarlos a un nivel donde incluso es razonable cobrar? Aun la explotación de los servicios bibliográficos nacionales, por más lucrativos que puedan ser dentro de unos años, no puede realizarse sin contar primero con los recursos necesarios para ello.

Una posible solución podría ser la explotación de las colecciones de la biblioteca nacional al sector privado, quien generaría de éstas productos de información comerciales. Esto ya sucede en un cierto grado, dado que las compañías privadas pueden y usan las bibliotecas nacionales de la misma manera que otros usuarios, pero aun así los recursos de la mayor parte de las bibliotecas nacionales se explotan sólo en una pequeña parte de su potencial. ¿Sería realmente sensato de parte de la biblioteca nacional

ofrecer a una o más empresas privadas el uso de sus recursos para su explotación comercial sin obtener por ello algo a cambio? ¿Veremos a las bibliotecas nacionales establecer contratos con organizaciones comerciales, u ofrecer franquicias? Estas no son situaciones hipotéticas; algunas bibliotecas nacionales se enfrentan ya a este tipo de cuestiones en parte por las presiones gubernamentales y en parte porque las bibliotecas nacionales mismas perciben la necesidad de protegerse más como alternativas al desgaste gradual por el que atraviesan.

Los problemas discutidos aquí son de interés principalmente para los países capitalistas altamente desarrollados, pero seguramente que las políticas que ellos adopten tendrán cierto impacto, aunque sea indirecto, en las bibliotecas nacionales de los países menos desarrollados y en aquellos de economía socialista. El que este impacto sea positivo o negativo está a discusión. Ciertamente el camino por el que algunas bibliotecas nacionales transitan, incluyendo a la Biblioteca Británica, tiene sus propios riesgos, pero al menos estos peligros son interesantes y representan un reto, y muy probablemente es menor el riesgo de desgaste que aquel al cual nos enfrentaríamos si no recorriéramos este camino. Viajar con optimismo es mejor que quedarse en casa.

Existe otro problema importante que debe plantearse, ya que al parecer muy pocos autores lo tocan. Este es el papel que juegan las bibliotecas nacionales en ciencia y tecnología. Y se relaciona con el problema de los servicios de información y explotación porque las colecciones en ciencia y tecnología ofrecen un ámbito más amplio para dichos servicios. En muchos países, la biblioteca nacional tiende a inclinarse considerablemente hacia las humanidades y las ciencias sociales; y esto lo refleja y fortalece el Ministerio del cual dependen, que con frecuencia es el Ministerio de Cultura. Esto no es de sorprender. Cuando las grandes bibliotecas nacionales fueron creadas la mayor parte de la producción impresa se refería a las humanidades, y en menor grado a las ciencias sociales; fue hasta los años de la Primera Guerra Mundial cuando surgen la ciencia y la tecnología. Como consecuencia los científicos y tecnólogos demandaron diferentes servicios de los que la biblioteca nacional, tal y como estaba constituida, podía proporcionar —servicios de información, servicios de suministro de documentos eficientes, servicios de indización y resúmenes, etcétera. Como resultado, en muchos países se establecieron centros nacionales de documentación en ciencia y tecnología, que dependían con mucha frecuencia de un Ministerio distinto a aquel del que dependía la biblioteca nacional. El resultado es que dichas bibliotecas nacionales concentran pequeñas colecciones en humanidades y ciencias sociales y el centro nacional de documentación está relativamente bien provisto, y realiza, aunque de diferente manera, las funciones que conciernen a la ciencia y la tecnología. Los centros de documentación pueden o no contar con colecciones importantes; en muchos países la biblioteca nacional continúa beneficiándose con el depósito legal de las publicaciones en cien-

cia y tecnología. Esto conduce a una relación que con frecuencia es difícil y en ocasiones antagónica. En el peor de los casos, la biblioteca nacional puede quedarse a la zaga del centro de documentación, puesto que ella no tiene una clientela tan demandante ni, tampoco, un Ministerio tan poderoso.

Aquí se plantea la cuestión de si en realidad los requerimientos de las humanidades son tan diferentes de los de las ciencias al grado de que no puedan ser proporcionados por el mismo organismo. Por cierto que si éstos tuvieran que ser proporcionados por el mismo organismo, muchas bibliotecas nacionales tendrían que cambiar radicalmente. Una posibilidad sería organizar a la biblioteca nacional en dos divisiones principales, operando muy cercanamente aunque ofreciendo servicios muy distintos y con prioridades muy diferentes de acuerdo con sus diversos usuarios. Esta es la solución por la que se optó en la Biblioteca Británica cuando fue reestructurada en 1984. Lo cual no quiere decir que ya no exista tensión o competencia, sin embargo, esto ocurre dentro del mismo organismo; con buena voluntad y administración adecuada para su coordinación esto puede ser creativo más que destructivo. De hecho, a causa de la mayor capacidad de la División de Ciencia, Tecnología e Industria de la Biblioteca Británica, ésta ha podido ayudar indirectamente a la División de Humanidades y Ciencias Sociales; el alto costo de las dos divisiones es casi el mismo. En el presente ejercicio anual 1987-88, las cifras esperadas eran de 26.44 millones de libras esterlinas para la División de Ciencia y Tecnología y de 25 millones para la de Humanidades y Ciencias Sociales. Aunque el costo neto (es decir el costo menos las ganancias) es considerablemente distinto, 14.3 millones de libras y 22.86 millones respectivamente.

Probablemente a causa de la tradición e historia de las bibliotecas nacionales, algunas de ellas han tendido a ver las publicaciones en humanidades y ciencias sociales como algo de mayor "importancia" que las publicaciones científicas y tecnológicas. Justificándose para ello con el argumento de que la literatura en ciencia y tecnología se torna rápidamente obsoleta, que además una gran parte de ésta es basura y que la literatura en humanidades representa a la cultura nacional de una forma en que la ciencia no puede hacerlo. Es de dudarse que el porcentaje de basura en las diferentes materias difiera tan considerablemente y además no hay una forma objetiva de comprobarlo. La literatura en ciencias sociales caduca tan rápidamente como la de ciencia y tecnología; aunque se reconoce que existen ciertos clásicos en economía y sociología, pero en ciertas materias como la botánica, la geología y la zoología la obsolescencia es de hecho muy lenta. En cuanto al argumento "cultural" estamos viviendo en una sociedad científica y tecnológica: ésta es nuestra cultura y la colección nacional debe ciertamente representarla. Por último, la basura de ayer es la sociología de hoy y la basura de anteayer es la historia de hoy. Si una cultura produce un montón de basura, que sea así; pero la

colección nacional debe reflejarlo, tal y como un museo nacional consiste de los artefactos cotidianos como objetos preciosos y debe contar también con el basural que había en la Edad Media así como con la tumba de Tutankamón.

Una cuestión que concierne a todas las bibliotecas nacionales es el problema de mantener todas las colecciones de no importa qué tipo y extensión sin recursos adecuados. Como se mencionó antes, en algunos países menos desarrollados, particularmente en África, algunos autores están apoyando "la biblioteca nacional dispersa" —en efecto, la colección nacional (como quiera que se la defina), incluyendo los materiales de depósito legal, se dividen entre varias bibliotecas. Esta solución es una novedad en cuanto a que no tiene como núcleo una biblioteca nacional como tal, aunque algunas versiones de esta forma de funcionamiento, que sí incluyen a una biblioteca nacional, son muy comunes:⁹ los países nórdicos ofrecen notables ejemplos. Aun en los países donde las funciones de la biblioteca nacional han sido considerablemente centralizadas, existe ahora una mentalidad más abierta en cuanto a compartir responsabilidades con otras bibliotecas. La Biblioteca Británica, por ejemplo, ha alentado el uso de cuadros sinópticos para medir la fuerza de las colecciones en las bibliotecas de investigación británicas y los resultados se utilizarán para explorar si, y hasta qué punto, la Biblioteca Británica debe reducir o incluso optar por dejar de coleccionar en áreas específicas. No es probable que esto suceda en gran parte para las publicaciones de ciencia y tecnología, pero es difícil ver cómo la colección total del país en ciencias sociales y humanidades podría mantenerse de otro modo. Ha quedado atrás el tiempo en que una biblioteca nacional podía tener todo, dominarlo todo. La biblioteca nacional continuará teniendo un papel líder, tanto en el sentido de ser la biblioteca más importante en el sistema, como de ser la guía en el manejo de las colecciones nacionales de investigación, y esto puede tornarse su papel principal. En países pequeños como Nueva Zelanda, es probable que en el futuro el concepto de "recurso nacional total" sea lo más importante.¹⁰

Una posible función de la biblioteca nacional es lo que puede definirse como residual —haciendo lo que otras bibliotecas o instituciones no pueden o no desean hacer. La colección de una biblioteca nacional tal, consistiría ampliamente de material que ninguna otra biblioteca haya adquirido porque difícilmente alguna lo haya necesitado; sus servicios de información, si los hubiera, serían del tipo que ninguna otra institución comercial tuviera; y etcétera. Esto podría llamarse el modelo costo-sin

⁹ Humphreys, K. W. "The Principles of the Relationship between National and University Library Collections as a Basis for a Network". *IFLA Journal* 9 (1): 20-27 (1983).

¹⁰ Line, Maurice B. "The Total National Resource: Reflections on Document Provision and Supply in New Zealand". *New Zealand Libraries* 45 (3): 45-49 (September 1986).

beneficio —un tipo de hiena bibliotecaria recogiendo los pedazos de carne que los leones hayan dejado. Esto deja el matorral limpio aunque hay muy poco que decir en cuanto a que ésta sea su actividad principal (pues sería más bien suplementaria).

Lo que está sucediendo es que el debate sobre el papel y las funciones de la biblioteca nacional está cambiando gradualmente su naturaleza, aunque esto todavía tiene que reconocerse ampliamente. En lo que realmente estamos interesados es en la *ejecución de las funciones de la biblioteca nacional*, es decir, las funciones bibliotecarias que deben ser, o que son, mejor realizadas a un nivel nacional. Si observamos funciones tales como el depósito legal, el control bibliográfico de las publicaciones de la nación, la conservación, el suministro de documentos, etcétera, podemos entonces explorar formas alternativas de realizarlas y de decidir una mejor opción para cada una.^{11, 12} Obviamente esto debe hacerse como ejercicio global, de otro modo puede producirse una variedad de soluciones incompatibles en lugar de una solución total. Por ejemplo, si se decidiera que la biblioteca nacional sola es la mejor manera de mantener los recursos nacionales totales, pero si también se decidiera que la mejor forma de lograr el suministro nacional de documentos fuese por métodos cooperativos, probablemente no sería deseable poner en marcha ambas decisiones, ya que una colección nacional podría, contando con una organización adecuada, lograr un sistema nacional efectivo de suministro de documentos. Las funciones mismas tendrían otras dimensiones; por ejemplo, no se tendría la obligación de adquirir todos los impresos nacionales, aún menos que éstos fuesen conservados de manera permanente; ni que todas las publicaciones tuviesen que describirse en registros de igual nivel y calidad en la bibliografía nacional. El siguiente paso en la planeación de una biblioteca nacional sería observar las diversas funciones que se han asignado a esta institución y posiblemente agregar algunas otras, para considerar si éstas son necesarias, y analizar cómo pueden realizarse mejor. Las respuestas diferirán de país a país, pero el enfoque es seguramente válido para todos. Al realizarse este ejercicio por supuesto deben admitirse las fuerzas y debilidades en el sistema; y también deben observarse las realidades económicas y prácticas, más que diseñar un sistema "ideal" que nunca pueda ser alcanzado.

Las prioridades para las funciones de la biblioteca nacional también diferirán de país a país, no sólo en escala sino en importancia. Por ejemplo, la creación del registro bibliográfico nacional es una función importante aunque muy pequeña para un país menos desarrollado y pequeño,

¹¹ Line, Maurice B. "National Library and Information Planning". *International Library Review* 15 (3): 227-243 (July 1983).

¹² Line, Maurice B. "Performance Assessment at National Library Level". In: Blagden, John (ed). *Do We Really Need Libraries? Proceedings of the First Joint Library Association/Cranfield Institute of Technology Conference on Performance Assessment*. Cranfield: Cranfield Press. 1983, p 25-45.

pero la planeación, la capacitación, y el liderazgo del sistema bibliotecario de una nación deben considerarse funciones tanto principales como importantes. Este tipo de análisis ayudaría a mostrar si de hecho los países africanos podrán manejarse sin una biblioteca nacional convencional, y tener a cambio una unidad responsable de, digamos, el depósito legal (sólo como archivo), la elaboración del registro bibliográfico nacional, y la planeación de la biblioteca nacional incluyendo una política nacional de adquisiciones, así como de ser el centro coordinador de las relaciones con otros países. Esta no sería una biblioteca nacional en el sentido usualmente aceptado de la palabra —ya que su colección sería muy pequeña— sino más bien una unidad y eje centrales.

Los diversos esfuerzos que se han realizado para establecer lineamientos uniformes y funciones generalmente acordadas para las bibliotecas nacionales han sido quizá equivocados. No existe un modelo que pueda aplicarse a todos los países. Más que ningún otro tipo de biblioteca, las bibliotecas nacionales varían y deben variar; éstas deben reflejar la cultura y relacionarse con las necesidades de sus países. Algunas de las bibliotecas nacionales más antiguas hicieron esto cuando se establecieron, otras crecieron con colecciones privadas, que con frecuencia pertenecieron a la realeza; éstas necesitan reconsiderar su naturaleza y funciones igual que las nuevas bibliotecas nacionales. Quizá la biblioteca nacional ya no es sino una biblioteca que realiza ciertas funciones nacionales.

Al principio de este artículo se mencionó que era opinión generalizada el que ningún país está completo sin una biblioteca nacional. Pero como hemos visto, ciertos países carecen de una y quizá nunca cuenten con ella; y en otros, un debate que se creyó cerrado está volviéndose a abrir. Incluso no podemos asumir que las bibliotecas nacionales sean instituciones permanentes. Algunas han perdido partes importantes: en Australia el archivo de audiovisuales está ahora separado, de la misma forma que lo está en Nueva Zelanda la Biblioteca General de la Asamblea, y en Papua, Nueva Guinea, la Biblioteca Nacional estuvo a punto de cerrar. Otras parecen más bien encogerse aunque este encogimiento se oculte bajo el respetable manto del "recurso compartido". A la fecha el debate ha sido mayor donde la biblioteca nacional es más pequeña, sin embargo, es muy probable que el debate crezca en volumen e intensidad en los países donde la biblioteca nacional es grande y está bien consolidada.

Las bibliotecas nacionales pueden elegir entre ser consideradas como un lujo cultural de prestigio aunque muy costoso o como elemento vital en el sistema de información de la nación, y por ende un contribuyente vital para la futura riqueza económica de la nación. En la actualidad cada vez menos países están dispuestos a pagar por símbolos de independencia costosos, a menos que éstos sean algo más que símbolos. No todas las bibliotecas nacionales parecen estar conscientes de los retos y peligros a los que se enfrentan, o tienen conocimiento de las oportunidades que se les presentan. Tampoco tienen muy claro lo bien preparadas que están

para reaccionar a los retos y oportunidades, o cómo pueden hacer el ajuste que se requiere, el cual quizá sea un ajuste masivo; tamaño y dignidad no siempre van con adaptabilidad. (Cualquier comparación con los dinosaurios debe evitarse, éstos anduvieron por aquí durante 120 millones de años y son mejor conocidos de lo que nunca fueron, 70 millones de años después de su desaparición). Quizá el debate necesita llevarse a un nivel más esencial y debiéramos preguntarnos no simplemente lo que las bibliotecas nacionales debieran hacer, sino más bien si las bibliotecas nacionales son necesarias, para qué lo son, y por qué éstas debieran hacer lo que dicen todos que deben hacer.